

donar á Madrid, pues iban á padecer igualmente su autoridad sobre los españoles, sus rentas y las familias de los afrancesados. Pero ya su razon y el mariscal Jourdan le habian puesto en claro que era forzoso resolverse á este sacrificio. Solo sirvieron pues las órdenes de Napoleon para determinarle definitivamente á ponerlo por obra. Sin duda fuera mejor efectuarlo mas pronto, pues las tropas que se iban á prestar al general Clausel estarian antes de vuelta; pero, aunque se sentia José inclinado á esta resolucion por el sano juicio, no pudo adoptarla sino en el postrer apuro. Por tanto ordenó la traslacion de su córte y de su gobierno á Valladolid, dejando en Madrid una division sola. Tan grande era la masa de nueve mil heridos y enfermos que debia llevar consigo, del material que necesitaba poner á buen recaudo, y de familias de empleados que habian de acompañarle que duró cerca de un mes la evacuacion de la capital española. Antes de principios de abril no se pudo llevar el nuevo establecimiento á remate. De este modo fueron distribuidas las tropas. Se trasladó al ejército de Portugal desde Salamanca hasta Burgos. Reducido estaba de ocho á seis divisiones por virtud del envio de los cuadros inútiles y del derrame del efectivo en menos regimientos, ganando en organizacion lo que en fuerza numérica habia perdido. Tres de estas divisiones fueron enviadas al general Clausel para ayudarle á sujetar á las bandas; una fué retenida en Burgos; dos se escalonaron delante de Palencia, prontas á sostener á la caballería á orillas del Esla, y observando al ejército español de Galicia. Traslado el ejército de Andalucía del valle del Tajo al del Duero, y enlazándose al de Portu-

gal hacia la derecha, ocupó el Duero y el Tormes para estar en guardia contra el ejército anglo-portugués acampado en la Beira. Se hallaba distribuido en Avila, Salamanca, Toro y Zamora. Una de sus divisiones, la del general Leval, quedóse en Madrid para continuar su ocupacion aparente y percibir los productos. Por último una de las dos divisiones del ejército del centro fué establecida en Valladolid mismo, otra en Segovia, á fin de apoyar á la division de Leval, pues quedaba en el aire en medio de Castilla la Nueva.

Estos tres ejércitos, que todavía en el mes de enero presentaban ochenta y seis mil hombres aguerridos, doce mil de ellos de caballería soberbia, no contaban ya en abril mas que setenta y seis mil á causa de la partida de los cuadros y de los hombres escogidos llamados por Napoleon á Sajonia. Su distribucion en tres ejércitos ofrecia muchos inconvenientes, pues, á pesar de la separacion de los gefes, que habian opuesto á la autoridad de José tan funestas resistencias, aun quedaban en los tres estados mayores tendencias al aislamiento, y hábitos de explotar el pais cada ejército por cuenta propia, que daban margen á extremados peligros. Probablemente se salvara todo con refundir los tres ejércitos en uno, y con ponerlo á las órdenes de un solo gefe, tal como el general Clausel, tan vigoroso en el campo de batalla como sumiso al estado mayor real, y con reunirle entero entre Valladolid y Burgos, y proporcionarle descanso, y reparar su material, y componer sus almacenes. Desgraciadamente no se hizo nada.

Se dejaron los tres ejércitos separados, porque Napoleon no hubiera visto gustoso en manos de su

hermano José la reunion de semejante masa de fuerzas. Asi cada estado mayor conservó sus pretensiones, y cuando, por consejo de Jourdan, mandó José á las administraciones de estos tres ejércitos que adoptaran las medidas necesarias para la creacion de los almacenes, cada uno rehusó obedecer al estado mayor general. De París se necesitó una nueva orden, que tardó mas de un mes en llegar á Madrid, para obligar á cada uno de los tres intendentes á atemperarse á las intimaciones del intendente en gefe. Asi se perdió el tiempo mas precioso para hacer los abastos. Finalmente, despues de poner á las órdenes del general Clausel tres divisiones del ejército de Portugal para que le ayudaran á sujetar á las bandas, fué menester enviarle otra, y despues dirigir otra mas hacia Brihesca, de manera que el general Reille no conservó mas que una bajo su mando. Y aun la hubo de distribuir en dos, y situar una de sus brigadas en Burgos y otra en Palencia, detrás de la caballería que guardaba el Esla. De suerte que, si los angloportugueses llegaban de pronto, solo se les podian oponer dos de las tres huestes, y ya quedaba casi anulado el beneficio de la concentracion por cuya virtud restablecimos nuestras cosas, despues de la infeliz batalla de Salamanca. Compensado fuera en cierto modo el mal de la dispersion, aunque irreparable, si los refuerzos enviados al general Clausel le pusieran en proporcion de aniquilar á las guerrillas; pero aquella Vendée española era tan difícil de vencer como la Vendée francesa, y se hacia patente que sin los medios morales y políticos no alcanzaria la fuerza á lograrlo.

Costeando la marina inglesa de continuo las

playas de Asturias desde Santander hasta San Sebastian, desembarcando alli armas, municiones, objetos de equipo, comestibles, coadyuvando á la defensa ó al ataque de los puestos marítimos, llevaba á los insurgentes un socorro que duplicaba sus recursos y su audacia. Porlier, Campillo, Mina, Longa, Merino, ora juntos, ora separados, bien informados siempre, evitaban el encuentro de nuestras columnas cuando su número imponia respeto, no las daban alcance sino cuando se dividian para perseguirlos, y entonces tenian el arte de juntarse para abrumarlas. En ningun punto habian obtenido ventajas considerables, pero á la vez destruyeron dos batallones, especialmente en Lerin, y aunque el general Clausel tuviera cincuenta mil hombres que oponerlos, y dedicara la mayor actividad á perseguirlos, por rareza lograba darlos alcance, y casi nunca aseguraba las comunicaciones, dado que, para guardar eficazmente los caminos, se necesitara ocupar todos los puntos, y esto era absolutamente imposible. Recuperado habia el general Clausel á orillas del mar á Castro, y obligado á la circunspeccion á los ingleses, y tratado rudamente á Mina, y reavituallado á Pamplona, actos muy meritorios sin duda, si bien de escasa importancia para los negocios generales de la Peninsula. No se necesitaban menos de tres á cuatro mil hombres de escolta para viajar en seguridad de Bayona á Burgos, si el objeto ó el personage escoltado llamaba la atencion del enemigo; y entretanto, para resultado tan tenue, se consumian las fuerzas de las tropas, que eran el único recurso contra los ingleses.

Mientras se agotaban en correrías inútiles de

este modo, ya habian transcurrido los meses de abril y de mayo, y llegado era el instante de las grandes operaciones, cuando lord Wellington abandonaba sus acantonamientos. En campaña entraba con cuarenta mil ingleses, veinte mil portugueses y veinte y cuatro mil españoles, mejor armados y vestidos estos que de costumbre, y asi tenia á su disposicion mas de noventa mil hombres. Su designio consistia ante todo en hacer que pasara el Esla su izquierda mandada por sir Thomas Graham, y no abordar la linea del Duero, mas difícil de ser forzado con su centro y su derecha hasta que, traspuerto el Esla, se hallara su izquierda á espaldas de los franceses que guardaban el Duero. Ahora marchaba con un parque de sitio, y ya no se exponia á fracasar delante de una obra como el fuerte de Burgos.

Su izquierda ejecutó el dia 11 de mayo un primer movimiento, y extendióse á lo largo del Esla. No estando sostenida la caballeria del general Reille mas que por una brigada de infanteria, no pudo mostrarse ni atrevida ni vigilante, y asi fué pasado el Esla antes de que tuviera tiempo de saberlo ni de impedirlo. No se apresuraron los ingleses á empujarnos vivamente, porque un ala no queria marchar sin la otra, y solo el 20 de mayo se dirigió lord Wellington con su derecha sobre Salamanca y el Tormes. Señalado fué el 24 al general Gazan, como avanzando á la cabeza de fuerzas considerables.

El ejército francés, que debiera estar concentrado y listo en los alrededores de Valladolid desde el 1.º de mayo, se veia sorprendido en la situacion mas funesta. Sin duda, de ser el mariscal

Jourdan mas jóven y José mas activo y resuelto, no sufrieran que las cosas quedaran en el estado en que iba á hallarlas el enemigo. Asi, á pesar de la extremada dificultad de las noticias en España, trataran de estar mas al corriente de los movimientos de los ingleses; á pesar de las órdenes del emperador, que en suma tenian mas carácter de instrucciones, al aproximarse el peligro, pudieran volver á llamar á las divisiones del ejército de Portugal prestadas al general Clausel y aun atraer á éste en persona, como el solo capaz de mandar en jefe durante una gran batalla, ó al menos concentrar mas los ejércitos de Andalucía y del centro, y el resto del de Portugal; finalmente, á pesar de la resistencia de las administraciones particulares, que era menester destruir en caso necesario, pudieran crear en Burgos los almacenes sin los cuales no habia medio de operar libremente en semejante territorio. Pero, disgustado Jourdan del régimen imperial, cuyos abusos tocaba tan de cerca, de una guerra, cuyas funestas consecuencias tenia de muy atrás vaticinadas, resintiéndose ya de los efectos de los años, retenido por su amor á José tan solo, y no aspirando mas que á volver á Francia, se limitaba á señalar con muy raro buen seso las faltas que iban á ser cometidas, sin comunicar valor á José para precaverlas. Juzgando José con discernimiento el vicio de las cosas, sabia á menudo irritarse contra su hermano y jamas desobedecerle, ni obrar como general y como rey con la autoridad de su investidura, y por lo cual no se le castigara á la postre. Jourdan se consolaba sobradamente de cuanto veia con el no disimulado desprecio de un hombre honrado; José se descon-

solaba, pero las cosas no dejaban de seguir su curso feliz á veces, con mas frecuencia infausto, y que debia de parar en desastroso antes de mucho.

Así lord Wellington, en marcha desde el 14 de mayo por su izquierda y desde el 20 por su derecha, halló al ejército de Andalucía dispersado de Madrid á Salamanca, al del centro de Segovia á Valladolid, al de Portugal de Burgos a Pamplona.

Ningun cuidado urgía tanto como el de llamar de Madrid á la division de Leval y hacer que volviera á pasar el Guadarrama para dirigirse á Valladolid. Esto pudiera mandar el general Gazan sin demora, pero como se trataba de abandonar la capital definitivamente, creyó de su deber marchar á Valladolid, para entenderse con su monarca. De esta suerte se perdieron dos dias, hasta que desde Valladolid se prescribió la evacuacion el dia 25 de mayo. Al mismo tiempo envióse á todas las tropas de las líneas del Duero, del Tormes y del Esla, la órden de retrogradar despacio á fin de dar lugar á que la division de Leval se replegase, y como para apoyar su caballería á lo largo del Esla no tenia el general Reille mas que una de las dos brigadas de la division de Maucune, se le prestó una de las divisiones del ejército del centro, la del general Darmagnac. Con el fin de recoger á la division de Leval, se dejó escalonado el resto del ejército del centro sobre Segovia. El ejército de Andalucía, el mas entero de los tres, se hubo de retirar de Salamanca á Tordesillas, cediendo el terreno poco á poco, para que todas nuestras tropas dispersas tuvieran tiempo de concentrarse. A estas providencias, dictadas por la situacion, se añadió otra, y fué la de avisar al general Clausel de la aproxima-

cion de los ingleses, y pedirle las cinco divisiones del ejército de Portugal, y comprometerle á acudir en persona con algunas tropas del ejército del Norte, á fin de que se pudieran oponer á los ingleses por lo menos ochenta mil hombres. Finalmente, se escribió al ministro de la Guerra Clarke para enterarle del estado de las cosas, y estrecharle á que por su parte mandara la concentracion de las fuerzas. Solo este ministro en Paris desde la partida de Napoleon á Alemania, no sabia mas que repetir sus órdenes sin discernimiento, reducidas como objeto esencial á restablecer las comunicaciones con Francia, á seguir señoreando ante todo las provincias del Norte, y á tomar respecto de Portugal una actitud ofensiva para desviar á los ingleses de toda tentativa contra las costas de Francia. Ni aun temió ordenar algunos dias antes de la aparicion de los ingleses el envío á Aragón de otra de las divisiones del ejército de Portugal, para mantener las comunicaciones con el mariscal Suchet. No habia, pues, que esperar gran socorro del duque de Feltré. El único servicio que podia prestar por su parte era el de trasmitir al general Clausel el anuncio de la marcha de los ingleses, lo cual era insignificante, dado que al cabo de todo lo que se habia hecho para comunicarse en seguridad con el ejército del Norte, no se podia responder de conseguirlo antes de tres ó cuatro semanas. Por lo demás el general Clausel era tan buen compañero de armas, y tan perfectamente comprendia la importancia de batir á los ingleses que, así que recibiera el aviso, no dejaria de enviar las divisiones del ejército de Portugal, y de acudir personalmente con las tropas disponibles del ejército del Norte.

Por fortuna, para los primeros dias de la campaña se las habian con un enemigo sólido, si bien circunspecto, y no era empresa fácil la de desconcertar á nuestros soldados tan valerosos como bien dirigidos. El general Reille recogió su caballería, retiróse en buen orden sobre Palencia, y con la division de infantería de Maucune, única que le quedaba, con la division de Darmagnac, que le habia sido prestada, puso á cubierto el camino de Valladolid á Burgos, línea de retirada del ejército. Situado el general Villatte junto al Tormes, defendiólo valerosamente y hasta en demasia, porque si era útil retardar al enemigo, se resentía de peligroso aspirar á detenerle, y así perdió algunos centenares de hombres, aunque no sin hacer que perdieran muchos mas los ingleses. Merced á esta actitud y á la prudente lentitud de lord Wellington, pudo el general Leval evacuar á Madrid y repasar sano y salvo el Guadarrama, llevando consigo las últimas reliquias de nuestro establecimiento en la capital española. En Segovia se juntó al ejército del centro. Véanse las posiciones que se ocupaban el 2 de junio: entre Rioséco y Palencia se hallaba el general Reille con su caballería y sus dos divisiones: con cuatro estaba el ejército de Andalucía en Tordesillas junto al Duero; y finalmente, el ejército del centro en Valladolid con una division francesa y otra española. Todos ascendían á cincuenta y dos mil hombres poco mas ó menos, en vez de los setenta y seis mil que pudieran hallarse juntos, si no se renunciara tan pronto á las ventajas de la concentracion por el quimérico proyecto de la destruccion de las bandas.

Una vez agrupados en torno de Valladolid se

podian abrazar tres partidos: primero, detenerse y dar batalla de seguida con cincuenta y dos mil hombres contra noventa mil enemigos, lo cual pecaba de imprudente y de prematuro, proporcionando la eventualidad de recuperar una ó muchas divisiones del ejército de Portugal cada paso que se diera á retaguardia; segundo, retirarse sobre Burgos, y luego sobre Miranda y Vitoria, hasta unirse al mismo ejército del Norte, lo cual era sencillo y poco azaroso; tercero, no abandonar la línea del Duero, maniobrar junto á sus orillas, remontándolo transversalmente hasta Aranda y aun hasta Soria, desde donde por un camino, que el mariscal Ney habia seguido el año de 1808, se fuera á caer entre Tudela y Logroño, esto es, sobre Navarra, cabalmente en el punto donde se tenia seguridad de encontrar al general Clausel y aun al mariscal Suchet, en el caso de que sucesos extraordinarios exigieran la concentracion general de todas nuestras fuerzas, plan harto atrevido en apariencia, si bien en realidad el mas seguro. Tomados en consideracion y discutidos fueron los tres proyectos. Nadie estuvo por batirse al momento con cincuenta y dos mil hombres en contra de noventa mil enemigos, cuando cabia lisonjearse de tener mas á medida que pasaran dias. No se desconoció el mérito del tercer plan consistente en remontar el curso del Duero hasta muy cerca de Navarra, pero juzgóse temerario y complicado, y sobre todo se le halló el defecto de abandonar el camino de Bayona, y de prescindir del cuidado de las comunicaciones tan recomendado por las instrucciones de París, como si nunca osara cruzar un ejército inglés los Pirineos, dejando un ejército de ochenta

mil franceses á la espalda, y de ciento cincuenta mil incluyendo al mariscal Suchet. Por estas diversas razones fué el segundo plan preferido, el que consistia en retirarse tranquilamente sobre Burgos, escribiendo cartas unas tras otras, para atraer las divisiones prestadas al general Clausel, si no todas, al menos las que recibieran en tiempo útil el aviso que se les despachaba.

De consiguiente se empezó la retirada, y despues de Madrid hubo que abandonar á Valladolid, esta segunda capital recién creada en Castilla la Vieja. Se enviaron por delante el material, los enfermos, los heridos y los afrancesados, y la marcha tuvo que ser muy lenta. Mal aprovisionadas las tropas, viéronse obligadas á extenderse para buscar comestibles, cosa que hacia la retirada poco segura. Por dicha teníamos diez mil hombres de caballería excelente, no era emprendedor el enemigo, y hubo posibilidad de retirarse sin accidente infausto. Aguardando lord Wellington la fortuna, sin correr nunca detrás de ella, harto se le alcanzaba que habia que venir á una batalla general y se resignaba á este trance, si bien con la resolución de no pelear mas que sobre un terreno favorable segun su costumbre, y hasta que llegara la hora crítica le contentaba al parecer un solo resultado, el de empujarnos hácia los Pirineos. Con este designio llevaba siempre por delante su izquierda procedente de las fronteras de Galicia, de modo de amenazar nuestra derecha, entendiéndose todo con la espalda vuelta á los Pirineos, y de determinar así nuestros movimientos retrógrados mas pronto. No se comprende cómo este general tan sensato, se apresuraba á empujarnos sobre

nuestros refuerzos, y no se decidia á darnos alcance, cuando, en vez de setenta mil soldados, solo teníamos cincuenta mil que oponerle.

A las inmediaciones de Palencia llegöse el 6 de junio, y un reconocimiento practicado por José y Jourdan reveló completamente esta disposición de los ingleses de llevar de continuo su izquierda reforzada sobre nuestra derecha. Se siguió marchando sobre Burgos el dia 7, y se fué á tomar la posición de Castrojeriz, entre el Pisuerga y el Arlanzon, delante de Burgos. No permitiendo la escasez de las subsistencias que esta posición se conservara tanto tiempo como se deseara, hubo que replegarse sobre Burgos el dia 9. El general Reille, con las divisiones de Maucune y de Darmagnac se estableció junto al Hormaza, el general Gazan detrás de Urbel á caballo sobre el Arlanzon con el ejército de Andalucía, y el del centro en lo interior de Burgos.

Por falta de víveres se habia tenido prisa de llegar á este punto, y por falta de víveres se hacia tambien forzoso partir de allí sin tardanza. Acumulados en Burgos los numerosos convoyes de enfermos, de expatriados, de conductores de artillería, habian devorado los almacenes poco considerables, que en esta ciudad se habian formado, y apenas podian subsistir algunos dias las tropas. De nuevo se encaminaron estos convoyes sobre Miranda y Vitoria; y una vez adoptada la resolución de retroceder hácia los Pirineos, erróse en no enviar todo lo que estorbaba á Bayona, á fin de dejar al ejército completamente desembarazado. Se hizo descansar algunos dias á las tropas, con el objeto de consumir las subsistencias aun restantes, y de

ganar tiempo que se ganaba para la concentracion de fuerzas, pues cada dia que transcurria aumentaba las eventualidades de unirse al general Clausel. Además, en Burgos se halló la division de Lamartinière, que era la mas numerosa del ejército de Portugal y una de las prestadas al ejército del Norte. Cerca de seis mil hombres mas proporcionaba al general Reille, lo cual permitió devolver al ejército del centro la division de Darmagnac, que se le habia tomado temporalmente.

Nueva razon era esta para acercarse al Ebro y llevar el movimiento retrogrado á mayor distancia, porque si no se recuperaban todas las divisiones enviadas al general Clausel, posible fuera juntar una ó dos cuando menos, y semejante refuerzo era de una importancia decisiva. A mayor abundamiento escaseaban los comestibles, y no habia otro recurso que ir á alimentarse mas lejos. Aqui se suscitaba por segunda vez la cuestion de saber si convenia seguir por el camino real de Bayona, para ser fieles á las órdenes que tanto habian recomendado el cuidado de las comunicaciones con Francia, ó si se operaria un movimiento trasversal para desembocar junto al Ebro en Logroño, en vez de llegar alli por Miranda, cosa que hacia la reunion con el general Clausel casi infalible. Sin ninguna de las objeciones que habia provocado al principio, se renovaba asi el plan desechado en Valladolid y consistente en ir á Navarra por Soria, con el fin de juntarse al general Clausel mas de seguro. Al presente era el rodeo que habia que dar de tan escasa importancia, y de interés tan capital la certidumbre de la incorporacion al general Clausel, que operaba en el territorio navarro, que ape-

nas se concibe la resistencia á proposicion semejante. Los generales Reille y de Erlon la apoyaron mucho; pero el rey José y el mariscal Jourdan, menos inspirados que de costumbre, dominados sobre todo por las instrucciones de París repetidas á cada correo, temieron en descubrir las comunicaciones con Bayona, y persistieron en marchar á Miranda y Vitoria en derechura. Tan solo, no teniendo noticias del general Clausel, enviósele ahora bajo la escolta de mil quinientos hombres un aviso para enterarlo de la llegada del ejército hácia Vitoria. De consiguiente prosiguióse retrogradando sobre el Ebro por Bribiesca, Pancorvo y Miranda.

Viendo el general Reille á los ingleses probar de nuevo el 12 de junio á rebasar nuestra derecha, y repetimos que se entienda con la espalda vuelta á los Pirineos, les quiso obligar á que desplegaran sus fuerzas, y se mantuvo detrás del rio Hormaza. Cerca de veinte y cinco mil hombres presentaron los ingleses, pero el general Reille maniobró con tanto vigor y aplomo, á pesar de no tener la mitad de esta suma, que les mató de trescientos á cuatrocientos hombres, sin que perdiera por sí mas de cincuenta, y volvió á pasar el rio Hormaza y aun el Arlanzon en un orden perfecto. Se veia claro que sin mostrarse impacientes los ingleses por darnos batalla, nos querian constreñir á pesar de todo á cederles terreno, rebasando siempre una de nuestras alas. Al cabo determinóse el 13 de junio á marchar de Burgos, y cómo se sabia que lord Wellington venia provisto para esta campaña de un tren de sitio considerable, y cómo no convenia privarse de dos ó tres mil hombres para que se que-

dasen en Burgos, sin esperanza de recuperarlos, se acordó hacer saltar la fortaleza que nos fué el año anterior de tan gran servicio, y que se entregasen al par á las llamas las municiones de que estaba llena y no pudieran ser trasladadas á otro punto.

Mientras marchábamos el 13 sobre Bribiesca, melancolizóse el ejército de resultas de una explosion espantosa, triste signo de una retirada sin esperanza de retorno, y por la retaguardia se supo que, aun ejecutada esta operacion con las precauciones necesarias, produjo en las tropas y sobre todo en la ciudad estragos de bastante monta. Llegóse el 14 á Bribiesca, el 15 á Pancorvo, el 16 á Miranda. Ya aqui se estaba á las márgenes del Ebro, y dando un paso mas en Vitoria y á la misma falda de los Pirineos. Por su izquierda habia avanzado el enemigo hasta Villarcayo, continuando su manioobra acostumbrada de rebasar nuestra derecha. Al mismo tiempo se supo que, á la primera noticia de la aproximacion de los ingleses, se apresuró el general Clausel á enviar al ejército la division de Sarrut que se acababa de recoger en el camino, la division de Foy que aun estaba sobre el respaldo de los Pirineos entre Mondragon y Tolosa, y que personalmente avanzaba por Logroño remontando el Ebro con las dos divisiones restantes del ejército de Portugal y con otras dos del ejército del Norte. Se le aguardaba en Logroño para el 20 de junio.

Llegada era la hora de ejecutar un movimiento tan sencillo como el de descender á orillas del Ebro desde Miranda hasta Logroño, lo cual produjera un rodeo de muy pocas leguas, y asegurara la union al general Clausel de una manera positiva.

Pero preocupaba á José y á Jourdan mas que nunca la via recta por Vitoria á Bayona. Temióse no solo descubrirla bajando el Ebro hasta Logroño, sino tambien no protegerla suficientemente permaneciendo en el camino de Miranda á Vitoria, porque podia el enemigo cruzar las montañas algo mas arriba de Villarcayo, trasladarse á Bilbao por Orduña, avanzar de Bilbao á Tolosa, y cortarnos asi el camino de Bayona. Para evitar este peligro queria el mariscal Jourdan conducir el ejército de Portugal por Puente Larrá sobre Orduña, á fin de cerrar el desemboque por donde el camino de Vitoria á Bayona pudiera ser interceptado. Unicamente la obstinacion del ministro de la Guerra en reproducir las primeras órdenes de Napoleon engendraba ese fatal pensamiento, que privara á José de las tres divisiones del general Reille hasta que se traspusieran los Pirineos, y tornara á colocar al ejército, aun despues de unido al general Clausel, en el peligroso estado de inferioridad numérica en que se hallaba ahora. Por supuesto que no se debia esperar que los ingleses nos dejaran trasponer los Pirineos sin darnos batalla, aunque al parecer no abrigasen otro designio que el de hacernos evacuar la España. Propenso estaba el mariscal Jourdan á no suponerles otro intento, y fuerza es confesar que su habitual conducta daba crédito á opinion semejante.

Se permaneció el 17 en Miranda para proporcionar descanso á las tropas. Sin embargo, convenia abrazar un partido, á causa de la imposibilidad de continuar mas tiempo en aquel parage, dando lugar á que el enemigo nos tomara la delantera en las varias gargantas de los Pirineos. Siempre ha-



bian existido en el estado mayor dos dictámenes distintos del todo, consistente uno en dirigirse lo mas pronto posible y mediante un movimiento transversal sobre Logroño y Navarra, á fin de unirse al general Clausel, sin hacer caso alguno del movimiento de los ingleses sobre nuestra derecha, porque no podian pensar en trasponer aquellas montañas, interin no ganaran una batalla decisiva en nuestra contra; y dirigido al revés el otro á fijar atencion extremada en el movimiento con que amenazaban los ingleses nuestras comunicaciones, y á contrariarlo no abandonando el camino real de Bayona, y llamando alli al general Clausel, á quien además se tenia esperanza de ver llegar de un instante á otro. Del primer dictamen participaban el general Reille y el conde de Erlon; y del segundo el rey José y el mariscal Jourdan, dominados por las órdenes de París fatalmente.

Vivísimo fué el conflicto entre las dos opiniones en Miranda, siendo llegado el momento de optar por el uno ó por el otro. Sostenia el general Reille que, habiéndose hecho anunciar el general Clausel junto al Ebro en los alrededores de Logroño, convenia bajar á este punto para unirsele de seguida; y que toda consideracion debia ceder ante el interés grande de la concentracion de nuestras fuerzas, repitiendo como siempre que no era una amenaza seria el movimiento con que los ingleses aspiraban á rebasarnos, interin no nos batieran formalmente. Por el contrario el rey José y el mariscal Jourdan temian mas que nada el movimiento que, trasladando á los ingleses por Orduña sobre Bilbao y Tolosa, los situara entre nosotros y Bayona, al respaldo de la gran cordillera de los Pi-

rineos. Además el convoy donde iban nuestros enfermos, nuestros heridos y los espatriados españoles, se hallaba en Vitoria, y bajar á Logroño equivaldria á dejarlo al descubierto y á entregárselo al enemigo. Ultimamente el general Clausel, á quien se habia citado para Vitoria, podia muy bien encaminarse alli sin ir á Logroño, y quedara tan comprometido como el convoy en este caso.

Fuerza es convenir en que, aun siendo mejor el dictamen del general Reille y del conde de Erlon, segun se verá en breve, habia perdido su mérito aparente desde que el convoy fué enviado á Vitoria, y desde que se previno al general Clausel que se dirigiera á este punto, pues, aun sin participar del recelo de ser rebasados por Orduña, el peligro de dejar al descubierto el convoy y aun acaso al mismo general Clausel con bajar oblicuamente hácia Logroño, ofrecia muy especioso motivo para continuar marchando directamente sobre Vitoria, y no cabe censurar á José y á Jourdan por haber persistido en su opinion primera, sobre todo teniendo en cuenta las órdenes de París, que les imponian el deber imperioso de velar por las comunicaciones con Francia.

No se limitaron José y el mariscal Jourdan á adoptar la marcha directa sobre Vitoria, antes bien quisieron tranquilizar su espíritu de plano en punto al peligro de ser rebasados por Orduña y Bilbao, y ordenaron al general Reille que fuera por Puente-Larrá á Osma, por Osma á Orduña y á Bilbao, mientras el resto del ejército avanzaba inmediatamente sobre Vitoria. Aqui se esperaba que el general Clausel se uniera, ganando de este modo mas de lo que con la partida del general Reille se per-